





Francisco Javier Guerrero

*Los principios  
activos*





Fotografía: Lola Castillo

Francisco Javier Guerrero

*Los principios  
activos*

---

XXXVI PREMIO DE POESÍA  
CIUDAD DE BADAJOZ

---

algaida



Un jurado compuesto por Jaime Álvarez-Buiza Diego, Julia Barella, Juan Manuel Cardoso Carballo, M<sup>a</sup> del Rosario Cuevas Zamora, Jon Juaristi Linacero y José Antonio Ramírez Lozano, concedió al poemario *Los principios activos*, de Francisco Javier Guerrero, el XXXVI Premio Ciudad de Badajoz de Poesía convocado por el Ayuntamiento de Badajoz.

© Francisco Javier Guerrero, 2018

© de ilustración de cubierta: Lola Castillo

© Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

ISBN: 978-84-9189-006-5

Depósito legal: SE. 302-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mis padres y a mis hermanos*





## *Amanecer*

El hombre al otro lado del cristal  
mira hacia adentro  
con la delicadeza que rompe un nuevo día,  
sometido al abrazo de lo inmóvil,  
las manos cosidas a sus bolsillos  
más allá del otoño,  
las formas imprecisas,  
los perfiles sin voz,  
como el astro arrojado de una pérdida.  
Es pronto todavía para encender las luces  
pero yo ya he llegado.  
Tangible y aparente.  
Las puntas de mis dedos son agudos carbones.  
Me gusta camuflarme al fondo del local  
con el olor de jarabes antiguos  
y las sombras delgadas del misterio  
entre las cajoneras y las estanterías.  
Desde esta posición es más sencillo  
ver lo que ocurre afuera.  
La calle es un estrépito detenido en el aire.  
Las farolas ya extinguieron sus focos  
y el resplandor del cielo aún no es suficiente  
para que la verdad  
(o nuestro instinto de conservación)  
se imponga a la utopía.  
Es un buen momento para pensar  
en las inmolaciones cotidianas,  
en cómo no quedar perjudicado por la onda expansiva.

Encontrar en el fondo del cronógrafo  
la salida celeste a la desposesión,  
zafarse de la historia equivocada durante un parpadeo.  
No queda mucho más.  
Mis sueños son fragmentos de un pájaro amarillo.

El hombre al otro lado del cristal  
es una estatua.  
Lo observo fijamente desde mi madriguera.  
Tan idéntico a mí.  
Tan expectante.  
Sé que busca debajo de sus llagas  
la fuerza que cortó el cuello de la noche.  
Pero no es nada más que un contorno vacío con alma  
de papel.  
Entiendo que su acción debe iniciarse con una fuerza  
ajena.  
Y eso es lo que ocurre.  
Parece una burla, una grosería  
el paso del anhelo a la objetividad.  
Casi es la hora.  
Espío la memoria de un sol evocador.  
Apago las alarmas y enciendo los halógenos.  
La luz artificial vence a la calle  
como un amanecer vestido de leyenda  
o de relato antiguo  
pero nuestro.  
Un fulgor que llega sin hacer ruido.  
Sus ojos dilatados por el insomnio de la eternidad  
describen los paisajes en un lenguaje incierto.  
Abro la puerta.  
Por fin identifico al hombre que esperaba.  
Distingo los lunares de su frente,

sus arrugas, sus gestos.  
Dan a una inmensa patria sin frontera.  
En su cara puedo reconocer  
la mitad de mi cara.